CLUB LIBERAL "PONCIANO ARRIAGA"

CENTRO DIRECTOR
DE LA CONFEDERACIÓN DE CLUBS LIBERALES.

A LA NACIÓN.

El Congreso Liberal del modo más feliz ha llevado á término sus trabajos, y al Centro Director, investido de la jefatura del partido liberal constitucionalista, tócale informar oficialmente á los clubs y á los ciudadanos todos, de las tendencias que guiaron á aquel concurso en sus debates y resoluciones.

Despojado el Congreso, como lo estaba, de todo carácter oficial, no le incumbía en manera alguna operar reformas en la legislación, ni determinar cambios inmediatos en la marcha de los asuntos públicos. Su misión, más modesta, pero no por eso menos noble, por fuerza tenía que reducirse á la esfera de acción en las democracias modernas, reservada al pueblo en su conjunto y á los ciudadanos individualmente considerados.

Se trató de que unidos llevemos á cabo la regeneración del maltrecho y disgregado partido liberal, atacado furiosamente por el clero corrompido y sus inmundos y embrutecedores periódicos, y minado en sus interioridades, por la prensa semi-oficial, no menos inmunda; por las disenciones que, en mala hora para la Nación, provocó el mal llamado partido científico, organizado con fines harto peligrosos para la democracia y en extremo personalistas; y por la inconsecuencia en ideas de ese conjunto de jacobinos que piensan que la sola misión del liberal es atacar al fraile, pero que permanecen mudos ó impasibles, por servilismo ó por miedo, ante las complicidades y los abusos del Gobierno.

Todos los medios para el óptimo logro de tan legítimas y patrióticas ambiciones, son inmediatamente realizables, y sólo requieren en los buenos ciudadanos un poco de amor á la democracia y una cortísima dósis de buena voluntad.

Para formar un partido verdaderamente nacional, lo primero es contar con adeptos ilustrados y convencidos, y que, amén de no encadenar su conciencia al bando de los traidores, tengan el valor de analizar los actos del actual gobierno, que ha procurado rodearse de individuos-maneguíes, desprovistos de carácter y de energías.

Hemos, pues, proscrito como tarea principal de los clubs, la celebración de públicas conferencias, en que, con la enseñanza de la historia y la formal excitativa al ejercicio del derecho, se infunda al pueblo el civismo, se lo enseñe un patriotismo práctico, que huyendo de la patriotería declamatoria, cuyas únicas manifestaciones son los gritos destemplados que se escuchan los 15 de Septiembre, procure la efectiva salvación de la Patria, vigilando asiduamente sus intereses y educando al individuo para que sepa ser ciudadano y no siervo sumiso, y aprenda á que los gobernantes del país, en lugar de ser como lo aparentan, los dueños y señores de la propiedad y de la vida, no son sino los humildes servidores del pueblo: en fin, que éste es el amo y no el esclavo, y aquellos los mandatarios y no los verdugos ni los déspotas.

Como atrevida iniciación de esta labor, cuyos ópimos frutos serán colectados por las futuras generaciones, por esas generaciones que, fundadamente esperamos, estarán exentas de cobardías políticas y de raquitismos apocados: se impuso á los liberales en los clubs inscritos, como obligación la más precisa, el ejercicio vigoroso de la acción popular contra los funcionarios prevaricadores y despóticos. De este modo, y con la vigilancia perspicáz y nunca descuidada que los clubs han de ejercer sobre la conducta casi siempre inicuamente arbitraria y sospechosamente productiva de los mandatarios del pueblo, se puede esperar que algo se contendrán en sus excesos de tiranía y de exclusivo medro, esas nulidades, que, aprovechándose de las guerras intestinas han subido al poder como las basuras suben á las playas, empujadas por las mareas vigorosas; porque entonces sabrán que cada uno de sus vicios será lanzado á la vergüenza pública; cada atropello, objeto de viril protesta, y cada deslealtad al pueblo, motivo de su eterno desprestigio ante la opinión social, que es el único tribunal honrado de los que, como nosotros, no tenemos justicia.

Incluímos además en las «Resoluciones del primer Congreso Liberal,» algunas iniciativas de reforma que nuestras leyes reclaman. Bien sabemos que mientras impere el actual orden de cosas, tales reformas serán impracticables y utópicas, porque el poder desea que la libertad de imprenta siga siendo un mito, la responsabilidad de los funcionarios una ilusión burlesca, y la instrucción pública una piadosa mentira que asegure indefinidamente la sumisión de un pueblo afeminado, al que ha herido el aciate de la dictadura dominante y el cilicio de la clerecía triunfadora.

Pero si el pueblo no puede mandar en